

## TEMBLORES CONTINENTALES

No es la primera vez que un tratado europeo es rechazado, sin embargo, la imprevista irrupción del descontento masivo en los procesos internos de la Unión durante este último periodo carece de precedentes. El rechazo francés y holandés en sus respectivos referéndum sobre el Tratado constitucional de la UE en 2005 adquieren un carácter distinto a la combinación de apatía y malhumor del voto irlandés contra el Tratado de Niza en 2001, o al danés contra el euro en 2000. El índice de concurrencia ha sido bastante elevado, tanto en el caso holandés como en el francés: 63 por 100 y 70 por 100 respectivamente. En ambos países, fuerzas relativamente marginales de la izquierda extraoficial han jugado un papel decisivo galvanizando los argumentos en contra del Tratado. En ambos, los resultados han tenido un marcado carácter de clase: la mayoría de los trabajadores con bajos ingresos, laboristas (PvdA) y socialistas, votaron No, en contra de lo que defendían sus dirigentes. La juventud se opuso de forma rotunda.

Los acontecimientos en la UE rara vez responden a una lógica simple: las interacciones múltiples entre los intereses enfrentados de los Estados, las fortunas políticas, las economías divergentes y las fuerzas exteriores en liza que hacen particularmente proclive el imperativo de las consecuencias no deseadas. Los resultados del revés de este verano sobre el futuro funcionamiento de una UE integrada por 25 Estados y sobre ulteriores ampliaciones no pueden ser una excepción. Las primeras reacciones ante el desenlace por parte de los líderes de la UE han sido de sobra predecibles: menos votos, más marketing. Sin embargo, las estrategias para vender su modelo de Europa continúan siendo un problema. Fundada sobre la socialdemocracia y la democracia cristiana de posguerra, la UE ha mutado y se ha expandido hasta conformar un nuevo tipo de institución en la era de la hegemonía neoliberal global. Mejor que cualquier sondeo del Eurobarómetro, las campañas del referéndum de 2005 nos brindan una adecuada radiografía para comprender en qué se ha convertido. De igual modo, la brecha que se ha abierto entre los electores y las elites revela los problemas a los que se enfrenta la imaginación política más allá del orden neoliberal.

*El campo del Sí*

A primera vista, la apuesta oficial por el Tratado constitucional se muestra atractiva y plausible, y cuenta con el abrumador respaldo de los grupos de poder en la esfera política y mediática. A pesar de su «imperfección», el Tratado, tal y como se dijo<sup>1</sup>, contribuiría a que la UE fuera más democrática, eficiente, racional y transparente. Dotaría de un mayor poder al Parlamento europeo, limitando el uso del veto por parte de un único Estado ante decisiones fundamentales, y asentaría las bases de una política exterior y de defensa comunes. El resultado sería una Europa más fuerte, capaz de ejercitar una influencia moderada sobre las ambiciones imperiales de Estados Unidos. Sin ella, tal y como advertía Timothy Garton Ash a los lectores de *Le Monde* en la víspera del referéndum, la superpotencia estadounidense se «mostraría nuevamente inclinada a funcionar por su cuenta y riesgo».

En Francia, la campaña a favor del Sí dio el pistoletazo de salida en Versalles el 28 de febrero de 2005 con un resplandeciente despliegue de unanimidad, con los senadores y diputados reunidos en una sesión especial del Congreso cuyo fin era la ratificación del Tratado. Los medios de comunicación, bien pertrechados, abanderaron la campaña. Serge Halimi ha descrito cómo en France Inter, «Stéphane Paoli le pasaba el testigo a Bernard Guetta, éste lo hacía a Pierre Le Marc, y este último a Jean-Marc Sylvestre» sin que se produjera el menor disenso<sup>2</sup>. En una movilización ejemplar que Perry Anderson calificó de *union sucrée*<sup>3</sup>, el Presidente de la República, los líderes de la UMP y del Partido Socialista, columnistas que cubren todo el espectro, desde *Le Figaro* y *L'Express* hasta *Le Monde*, *Libération* y *Le Nouvel Observateur*, locutores y presentadores de programas de opinión se dieron cita en los estudios de televisión junto a un amplio abanico de celebridades, estrellas de cine, futbolistas, todos ellos a favor del Tratado. Los presidentes de España y Polonia y el canciller alemán se desplazaron para apoyar a Chirac. Un folleto informativo a favor del Tratado, editado por el gobierno supuestamente neutral, fue remitido a los votantes siguiendo el mismo procedimiento que el empleado para enviar los boletines del Ministerio de Educación a los colegios. El director del fondo de inversión Caisse d'épargne declaró que «gracias a Europa» crecerían los beneficios de los inversores.

Cuando, a pesar de todo esto, el voto a favor del No empezó a crecer poniéndose por delante en los sondeos, el tono se volvió más amenazador.

---

<sup>1</sup> En *Le Monde*, *Libération*, *NRC Handelsblad* y *Volkskrant*, al igual que en *El País*, *Corriere della Sera*, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, *The Guardian*, *The Independent* y *Financial Times*, por no mencionar *The New York Times* y *The Washington Post*. *The Economist*, para honrar su fama, se mantuvo firme en el escepticismo ultraliberal que lo caracteriza en relación al Tratado durante todo el debate.

<sup>2</sup> S. HALIMI, «Medias en tenue de campagne européenne», *Le Monde diplomatique* (mayo de 2005).

<sup>3</sup> P. ANDERSON, «Union Sucrée», *London Review of Books* (23 de septiembre de 2004).

Los que se oponían al Tratado pasaron a ser tachados de xenófobos, racistas, antiturcos, antipolacos y antieuropeos. Las páginas de *Le Monde* se llenaron de los clásicos análisis liberales transatlánticos en los que se promocionaba la importancia del voto afirmativo para construir una «alternativa europea» a la superpotencia estadounidense. En *Le Monde* apareció un llamamiento a «nuestros amigos franceses», firmado por Wolf Biermann, Jünger Habermas, Alexander Kluge, Günter Grass y otros, en el que se afirmaba que el No condenaría a Francia a un «aislamiento fatal», con «consecuencias catastróficas» para los países centroeuropeos y para las relaciones con Estados Unidos. El voto afirmativo se convertía en un deber moral: «Se lo debemos a millones y millones de víctimas de nuestras guerras inútiles y de nuestras dictaduras criminales»<sup>4</sup>. A pesar de semejante histeria, el Tratado fue rechazado el 29 de mayo por un porcentaje que oscila entre un 55 y un 45 por 100.

En Holanda, los mecanismos de la hegemonía adoptaron una forma más casera. La prensa, los dirigentes de los partidos políticos, las iglesias, los líderes sindicales, las asociaciones de empresarios, incluso el Touring Club pidieron el Sí. El Parlamento holandés, que en un principio defendió la celebración del referéndum, aprobó el Tratado constitucional con el 85 por 100 de los votos. También aquí, la retórica oficial adquirió un giro cada vez más apocalíptico a medida que despuntaba la derrota del Sí. El primer ministro Balkenende evocó el espectro de Auschwitz, el ministro de Economía habló de un «apagón», el de Justicia de balkanización y guerra. La votación, celebrada el 1 de junio, se inclinó en contra del Tratado en un porcentaje que oscila entre un 62 y un 38 por 100.

### *Interpretando el Tratado*

En ambos países, el factor clave en la movilización inicial a favor del No fue el propio Tratado. La campaña holandesa fue impulsada en gran medida por 40.000 militantes del Partido Socialista<sup>5</sup>, cuyo cartel electoral, en el que aparecía el símbolo del tomate volador, arremetía contra la burocratización y las políticas de libre mercado. En Holanda, los que afirmaban «conocer a fondo» el documento se opusieron en un 85 por 100. El debate francés, descrito por Bernard Cassen en otro artículo de esta revista, fue animado por una intensa campaña educativa que dio la vuelta a la mayoría favorable inicial. El mensaje de los grupos de poder —una Europa más democrática, eficaz y transparente, más capaz de conformar una alternativa a Estados Unidos— se alzaba en disonante contradicción con el propio texto.

<sup>4</sup> «A nos amis français», *Le Monde* (2 de mayo de 2005).

<sup>5</sup> Constituido en 1972, el Partido Socialista, con raíces en el maoísmo y el movimiento comunista holandés, dio el giro hacia la socialdemocracia en 1991, organizando campañas extraparlamentarias en torno a cuestiones obreras y gestionando su propio servicio de salud y un «equipo de alerta medioambiental». [www.international.sp.nl](http://www.international.sp.nl); véase también S. STORM y R. NAATEPAD, «El malestar holandés», *NLR* (20 de mayo-junio de 2003), p. 111-131.

Esto se debe a que el Tratado mantenía, apenas sin retoques, la arquitectura singularmente opaca y antidemocrática de la UE desde su creación en 1957. La Comisión supranacional, sobre la que residía el monopolio de la iniciativa en materia legislativa, continuaba teniendo que ser elegida en negociaciones diplomáticas efectuadas entre los gobiernos de los Estados miembros; a los electores europeos se les negaba el derecho de determinar la composición del organismo ejecutivo de la Unión. El resto de los elementos de este paisaje institucional neofeudal fueron las cada vez más poderosas cumbres de jefes de gobierno del Consejo Europeo, un Tribunal de Justicia europeo mayoritariamente dedicado a cuestiones comerciales, el Banco Central y el Consejo de Ministros intergubernamental<sup>6</sup>. El Parlamento Europeo seguiría siendo un órgano eminentemente consultivo, carente de un poder significativo a la hora de resistirse o lanzar iniciativas legislativas, aunque en adelante podría proponer enmiendas que la Comisión tomaría en consideración o ignoraría según su propio criterio (en esto residía el elemento «más democrático»). «Racionalizar» hacía referencia aquí al acuerdo sobre el peso relativo de los distintos países en el Consejo de Ministros; en lo esencial, mayor en el caso de Alemania a expensas de Francia, con un ajuste ligeramente a la baja para España y Polonia con respecto a las proporciones acordadas en 2000. Dejando a un lado el cambio en la denominación del trabajo de Javier Solana, que pasó de Alto Representante a Primer Ministro de Asuntos Exteriores, respaldado por un cuerpo diplomático, y el nombramiento de un ex primer ministro en calidad de presidente del Consejo de Ministros durante un periodo de treinta meses, en lugar de uno en funciones durante seis, el Tratado constitucional incluía pocas novedades.

Éste no era el «acto político fundacional» al que una vez aspirara Jünger Habermas<sup>7</sup>. Tampoco era una Constitución, en el sentido de un constructo legal en cuyo seno pudieran debatirse y decidirse distintas políticas; por el contrario, el Tratado decretaba con todo detalle el contenido de dichas medidas, deteniéndose especialmente en las microoperaciones relativas al libre comercio de bienes y servicios. La Comisión, el Tribunal Europeo y el Banco Central eran los encargados de llevar a cabo este programa neoliberal. Lejos de sentar las bases de una política exterior y de defensa independiente, capaz de plantar cara a Estados Unidos, subordinaba las cuestiones de seguridad al liderazgo de la OTAN, manteniendo el veto de un único país en las cuestiones exteriores; en cualquier momento, Reino Unido o Letonia podrían acabar con una estrategia hostil a Washington.

---

<sup>6</sup> Alain Supiot ha caracterizado a la Comisión como «un nuevo clero de tecnócratas, doctores en la ley del mercado único», y al Consejo como institución que «desempeña el papel de los estados generales bajo el Antiguo Régimen, al frente de una representación cualitativa (según el peso de los distintos Estados miembro), en lugar de cuantitativa, es decir, que descansara en el sufragio universal de los pueblos de Europa». Alain Supiot, «Anatomie d'un refus», próxima aparición en *Sekai*. En lugar de ser proclamado en nombre de «el pueblo», lo fue en el de «Su Majestad el Rey de los belgas, el Presidente de la República Checa, Su Majestad la Reina de Dinamarca», y así con el resto de los veinticinco jefes de Estado.

<sup>7</sup> J. HABERMAS, «Why Europe Needs a Constitution», *NLR* (11 de septiembre-octubre de 2001), p. 6.

De hecho, el Tratado asegura que Europa nunca tendrá una constitución democrática, federal o de cualquier otro tipo. En su lugar, codifica nuevamente, vía Maastricht, Amsterdam y Niza, toda la evolución de la UE tras la Guerra Fría: la inclinación hacia la unión monetaria; el uso de la legislación de la UE para avanzar en el programa del libre comercio; la definición práctica de una «política exterior común» a través de las guerras en Yugoslavia, Afganistán e Iraq; la expansión hacia el este y el restablecimiento de la relación entre Europa y Estados Unidos tras la caída del bloque soviético. El voto afirmativo sería una ratificación retrospectiva de estos desarrollos, que el Tratado aspiraba a constitucionalizar.

### *Los doce*

La nueva fórmula para legitimar el proyecto de la UE carecía de todo poder de convicción. No obstante, tampoco las viejas convicciones pudieron dar de sí y abarcar la realidad presente. La Comunidad Europea de finales de la década de 1980 era un híbrido peculiar. El Mercado Único Europeo de 1986 —el NAFTA europeo— había decretado la transformación de las antiguas aduanas de la Unión en un área de libre comercio, abriendo los mercados de los doce Estados miembros al movimiento sin trabas de bienes, capital, trabajo y servicios. La disciplina presupuestaria del sistema monetario europeo engranaba las economías nacionales orientándolas hacia los recortes en el sector público y la privatización de los activos estatales. Aún así, ideológicamente, la Comisión de Jacques Delors se las arregló para propagar una imagen vaga, aunque altanera, de prosperidad, seguridad y progreso, combinando una teología cuasi kantiana de unión pacífica, especialización tecnocrática y solidaridades sociales provenientes de la tradición de la socialdemocracia y la democracia cristiana. Se dio por sentado que la unión económica y política que resultaría (eventualmente) de este proceso sería democrática y que, por consiguiente, dotaría al Parlamento europeo de poder legislativo. A lo largo de la década de 1980, esta fórmula ideológica demostró su eficacia en la reestructuración de las dictaduras estatistas de la CE en Grecia, España y Portugal —países, todos ellos, con partidos comunistas y tradiciones revolucionarias fuertes— en democracias capitalistas liberales, ancladas de forma estable en las alianzas occidentales de seguridad.

A partir de 1989, la geopolítica europea se vio inmersa en un periodo de transformación. Estaba sobre la mesa la emergencia de una Alemania reunificada; en su condición de tercera economía mundial más poderosa, dominaría una *Mittleuropa* integrada por aproximadamente 150 millones de personas y podría negociar en sus propios términos, al menos en teoría, con Moscú. En segundo lugar, a medida que los tanques soviéticos se retiraban hacia los Urales, dejó de existir una razón clara que justificara la presencia de la OTAN en Europa. Por último, el colapso del Comecon y del Pacto de Varsovia dejó tras de sí una ringlera de países que demandaban ayuda económica y garantías de seguridad a Occidente.

Para Estados Unidos, enfrentado con el objetivo de imponer su propio orden mediante nuevas fórmulas a lo largo y ancho de todas las áreas objeto de intervención durante la Guerra Fría –Europa central, Oriente Próximo, Asia central, la península de Corea–, las prioridades inmediatas en Europa consistían en prevenir cualquier posible aproximación entre Bonn y Moscú, vinculando de un modo más estrecho a Alemania con sus aliados occidentales; en asegurarse de que no se producirían iniciativas serias hacia una política de seguridad europea independiente; y en lograr que la CE asumiera (y financiara) la tarea de reconfigurar las economías centroeuropeas como mercados capitalistas abiertos, del mismo modo a cómo se había hecho de forma exitosa en todo el Mediterráneo. El impulso de la reforma económica y política en el este constituía «una vocación natural» para la CE, afirmó James Baker ante los líderes europeos<sup>8</sup>. En adelante, Estados Unidos podría posicionarse como el mayor aliado de los países centroeuropeos apoyando sus demandas de entrar en la CE sin que esto conllevara el menor coste político. Mejor aún, la ampliación hacia el Este impediría la integración política y, por consiguiente, la emergencia de la CE como una potencia geopolítica independiente por mor de un estiramiento excesivo de sus débiles estructuras federales y la introducción de una manada de nuevos caballos de Troya en el interior de las murallas de la ciudad.

Kohl estaba dispuesto a pagar sin quebrantos el precio de la aceptación diplomática de la inmediata reunificación alemana por parte del resto de las potencias; la renuncia al marco no fue un precio demasiado elevado. Una Alemania unificada pondría al servicio de los demás su unidad, tejida con hilos de acero monetarios y políticos, en aras del bien común, de modo que su fortaleza «beneficiara al conjunto». En diciembre de 1989, el Comité de los Gobernadores de los Bancos Centrales de Delors presentó un plan y un calendario de cara a la futura Unión Monetaria Europea, que sería enmendado a lo largo de los dos años siguientes con el fin de sentar las bases del Tratado de Maastricht. Su lógica resultaba evidente: la unión monetaria habría de implicar alguna suerte de unión política, y con ella un mayor grado de responsabilidad. La Comisión preparó otros anteproyectos sobre política exterior y asuntos internos a modo de «pilares» de lo que sería la Unión Europea.

### *Maastricht y Sarajevo*

Sin embargo, la unión política tras de 1989 habría de enfrentarse al peligro de que una Alemania reunificada pudiera dominar una posible federación de Estados europeos en virtud de su peso demográfico y político. La élite francesa se puso manos a la obra. Dada la oposición británica a un federalismo más estrecho, esto significó que cualquier proceso genuino hacia la unificación política de Europa quedaba fuera de la agenda, y con él cualquier oportunidad de democracia constitucional.

---

<sup>8</sup> «A new Europe, a new Nationalism», *Vital Speeches of the Day* (15 de enero de 1990), p. 197.

Los primeros pasos de Europa hacia una «política exterior común» pusieron de manifiesto un panorama igualmente provinciano, en un periodo en el que los tentáculos del Nuevo Orden Mundial de Washington se cernían por todo el planeta. En enero de 1991, Gran Bretaña y Francia se alinearon lealmente tras la operación Tormenta del Desierto a medida que los efectivos de la artillería estadounidense se desplegaban en el Golfo. En Yugoslavia, la terapia de choque llevada a cabo por el gobierno federal bajo las instrucciones del Banco Mundial había causado más de medio millón de despidos en 1989, dando la victoria a los nacionalistas en las sucesivas elecciones que se fueron celebrando en todas las repúblicas de la federación. Alemania y Austria, a la caza de Estados clientes entre los Estados católicos de los Balcanes, animaron la secesión de Croacia y Eslovenia, aunque parecía evidente que las minorías en las repúblicas multiétnicas se opondrían a estas rupturas. Cuando se desataron fuertes combates en agosto de 1991 entre los croatas y el Ejército del Pueblo Yugoslavo, y entre las fuerzas croatas y los serbios de la Krajina, Kohl y Genscher ejercieron fuertes presiones con el fin de obtener un reconocimiento inmediato de Croacia por parte de la CE en lugar de buscar un acuerdo político moderado yugoslavo que pudiera salvaguardar los derechos de las minorías. Durante una sesión de negociación anterior a Maastricht que se prolongó durante toda la noche en diciembre de 1991, Kohl consiguió el respaldo de los británicos a la independencia croata ofreciendo a Major la posibilidad de desvincularse de la unión monetaria y del capítulo social europeo. De un modo similar, la recurrente propuesta francesa de constituir un ejército europeo integrado por 35.000-50.000 efectivos, independientes de la OTAN, recibieron el respaldo temporal de Alemania<sup>9</sup>.

Fue entonces cuando Estados Unidos se movió con rapidez para quebrar cualquier posibilidad de que se creara una fuerza militar independiente, y ya en diciembre de 1992 había arrancado un acuerdo a Francia y Alemania en el que se comprometían a que cualquier fuerza de estas características estaría, en la práctica, bajo las órdenes de la OTAN. No obstante, el papel que jugó la CE en la ruptura de Yugoslavia desbrozó el camino para que la Administración de Clinton lanzara una campaña de negociación diplomática dirigida a reconocer la independencia de Bosnia, sobre la que incluso Kohl y Genscher se habían mostrado dubitativos<sup>10</sup>. La guerra de independencia de Croacia engendró 200.000 refugiados, 350.000 personas desplazadas y 20.000 muertos. Entre 1992 y 1994; la guerra en Bosnia provocó cerca de 2 millones de refugiados o personas desplazadas y, de acuerdo con las estimaciones más conservadoras, 70.000 muertos<sup>11</sup>. Ideológicamente, esto fue el fin de la autoproclamada misión de la Comunidad

---

<sup>9</sup> S. WOODWARD, *Balkan Tragedy: Chaos and Dissolution after the Cold War*, Washington DC, 1995, pp. 184, 464.

<sup>10</sup> De acuerdo con el secretario de Estado Lawrence Eagleburger, Washington estaba preocupada ante la posibilidad de que Alemania «estuviera adelantando a Estados Unidos»: S. Woodward, *Balkan Tragedy*, cit., p. 196.

<sup>11</sup> S. Woodward, *Balkan Tragedy*, cit. p. 464, 283, 1.

Europea de acabar con la guerra en el viejo continente. Estratégicamente, el efecto del derramamiento de sangre fue el de poner de manifiesto la falta de poder de la cúpula europea. El cerco a Sarajevo fue el escenario de la desesperada petición de una intervención estadounidense por parte de los liberales franceses, británicos, alemanes e italianos. Sólo la amenaza militar de la OTAN, se dijo entonces, podría inyectar algo de sentido en los combatientes. Albright unió a las fuerzas croatas y bosnias, respaldadas por los aviones de la OTAN, en contra de los serbobosnios. La legislación alemana fue reformada con el fin de permitir que los pilotos de Luftwaffe (bajo mando estadounidense) controlaran un área libre de tráfico aéreo. En abril de 1993, París y Bonn señalaron que a pesar de la desaparición de la amenaza soviética, la política exterior y de seguridad europea seguiría estando subordinada a los dictados de la OTAN.

### *Eurodivisa*

Así pues, la unión monetaria europea llegó una vez descartada la unión política y subordinada la exterior al veto de Washington. En esta esfera, a pesar de las disputas, los dirigentes europeos se encontraron con pocas disensiones a la hora de ponerse de acuerdo en torno a un programa con intereses compartidos. Wynne Godley ha descrito elocuentemente los tipos de gestión económica a los que se renunció en el plan de Maastricht: el papel que los gobiernos nacionales podrían jugar para determinar un nivel óptimo en la provisión de servicios públicos, la carga de los impuestos, la asignación del gasto, el volumen y financiación del déficit; los tipos de interés, el valor del cambio, el crecimiento de la inflación, el empleo, y la redistribución de la renta y la riqueza.

El increíble vacío que preside el programa de Maastricht consiste en que a pesar de contar con un anteproyecto dirigido a establecer y determinar el *modus operandi* de un banco central independiente, no existe en la Comunidad nada equivalente en lo tocante a un gobierno central. Sin embargo, [...] aún sin contar con la existencia de una institución semejante, la UME podría impedir la ejecución de medidas por parte de los países a título individual sin ofrecer una alternativa<sup>12</sup>.

En efecto, en lugar de una federación política, las elites europeas han optado por una unión política tácita. La rigidez en la política presupuestaria

---

<sup>12</sup> W. GODLEY, «The Hole in the Treaty», en Perry Anderson y Peter Gowan (eds.), *The Question of Europe*, Londres, 1997, pp. 174-175. Godley continúa: «Simpatizo con la postura de aquellos [...] que, enfrentados a la pérdida de soberanía, quieren bajarse del tren de la UME sin más. También simpatizo con aquellos que buscan la integración bajo el mandato de algún tipo de constitución federal con un presupuesto federal mayor al que detenta la Comunidad. Lo que me resulta de todo punto incomprensible es la postura de quienes aspiran a la unión económica y monetaria al margen de la creación de nuevas instituciones políticas (aparte de un nuevo banco central)».



y en las tasas de cambio corona el actual sistema de moneda única, los «criterios de convergencia» de Maastricht y el Pacto de Estabilidad impiden una posible devaluación y la financiación del déficit, dejando a las doce economías dispares de la eurozona sin mecanismos alternativos de ajuste cíclico o de otro tipo al margen de las concesiones arrancadas a los trabajadores. En último término, las mayores economías de la eurozona, Alemania, Francia e Italia, habrían de ajustarse a la agenda de recorte de los salarios, desprotección del empleo y privatización de los servicios defendida por los accionistas anglosajones. Incluso durante las recesiones, los tipos de interés del Banco Central Europeo se han mantenido a niveles «antiinflacionarios», algo que únicamente se explica por el objetivo de estrangular el obstinadamente resistente modelo renano. En Alemania, la demanda nacional se ha mantenido baja, el empleo alto y el crecimiento lento. A la propia implantación de la nueva divisa en enero de 2002 le siguieron sucesivos descensos.

Éste es el contexto de la clásica división radical en torno al «tratado neoliberal» que se puso de manifiesto en los referéndum de Francia y Holanda. En este último país, el 58 por 100 de los votantes laboristas se opusieron a la dirección de su partido. Si interpretamos los resultados según el nivel formativo, el 71 por 100 de los votantes con cualificaciones «bajas» y el 64 por 100 de aquellos con cualificaciones «medias» votaron No, frente al 52 por 100 de los votantes con «altas» cualificaciones. Durante los gobiernos laboristas de Kok a lo largo de la década de 1990 y de Balkenende a partir de 2002, Holanda se ha hecho más anglosajona que el propio Reino Unido en lo que respecta a su burbuja inmobiliaria, la bursatilización de la riqueza de los hogares y la sustitución de los empleos en la industria y el sector público por empleos precarios en el sector servicios<sup>13</sup>. El resultado ha sido el incremento de la polarización entre ganadores y perdedores y el aumento de las tensiones sociales. En los enclaves ricos de Heemstede y Bloemendaal, los porcentajes en el referéndum nacional holandés sobre el Tratado europeo se invirtieron: 57 y 61 por 100 de la población votó a favor.

En Francia, el 56 por 100 de los que apoyan al Partido Socialista votaron No, al igual que el 79 por 100 de los trabajadores manuales y el 71 por 100 de los desempleados. En las zonas más pobres de Marsella y en los distritos mineros de Nord-Pas de Calais, los noes representaron el 78 y el 75 por 100 respectivamente. En los hogares cuyos ingresos están por debajo de 1.500 euros al mes, el 66 por 100 se manifestaron en contra del Tratado. La mayoría de los votantes a favor del No, el 52 por 100, aludieron a su «descontento con la situación económica y social en Francia» como el principal motivo que animaba su decisión (comparado con el 35 por 100 que aludía a la entrada de Turquía en la UE)<sup>14</sup>. La noción de un «modelo social fran-

<sup>13</sup> S. Storm y R. Naastepad, «El malestar holandés», cit.

<sup>14</sup> «Le Sondage sorti des urnes», [www.ipsos.fr](http://www.ipsos.fr).

cés» puede resultar errónea. Jospin y sus ministros de Finanzas Strauss-Kahn y Fabius privatizaron los activos públicos más destacados, metieron la tijera a los tramos superiores de ingresos del impuesto sobre la renta, redujeron los impuestos que recaían sobre las empresas y recortaron el gasto público<sup>15</sup>. Raffarin continuó el proceso. Aunque existe una mayor protección estatutaria de la fuerza de trabajo, la afiliación a los sindicatos es más baja en Francia que en el Reino Unido; tanto las tasas de inversión directa extranjera como las de productividad en el empleo son notablemente superiores. Finalmente y por encima de todo, las altas tasas de desempleo, firmemente asociadas al proyecto antilaborista de la política económica de la UE, han golpeado más duro a los perceptores de bajos salarios y a los jóvenes. En contraste, las clases altas francesas han prosperado con el neoliberalismo; en los *arrondissements* centrales de París, donde los precios de la propiedad se han desmandado, el voto a favor del Sí fue del 66 por 100. Entre los que ganan más de 4.500 euros al mes, el 74 por 100 votó a favor. En Neuilly las cifras alcanzaron el 82.5 por 100.

### *Las Europas del 2003*

La *raison d'être* del Tratado constitucional fue la ampliación de la UE. Si ésta respondió en un primer momento a una política estadounidense, lo cierto es que estuvo comandada por Alemania y Gran Bretaña desde fecha temprana. En 1993, la Comisión situó en un nivel bajo el listón de incorporación: una economía de mercado operativa, instituciones estables, capacidad para adoptar las decisiones de la UE. Durante la década de 1990, a medida que fueron estallando las disputas intergubernamentales sobre qué país debería ser objeto de mayores ventajas, se añadió a la lista la implementación de las 97.000 páginas del *acquis communautaire* [la legislación europea]. Sin que existiera un acuerdo sobre cómo revisar los tratados de cara a una UE ampliada, los países más importantes impulsaron la propuesta de una posible «cooperación más estrecha» en Amsterdam en 1997, posibilitando una integración a distintas velocidades. La decisión sobre los procedimientos de votación tras la ampliación fue postergada para la Conferencia Intergubernamental de Niza de 2000.

En la carrera hacia Niza, los tres países más importantes establecieron sus posiciones. Fischer, en un discurso pronunciado en la Universidad Humboldt en mayo de 2000, defendió una federación democrática de Estados-nación europeos; un parlamento de ámbito europeo con «auténticos poderes legislativos»; una segunda cámara compuesta por miembros elegidos en los parlamentos nacionales; un gobierno y un presidente federal con poder ejecutivo; y una constitución fundacional. Chirac respondió en junio en un discurso dirigido al Bundestag: se oponía a un gobierno federal, y proponía una unión de Estados-nación fuerte cuya capacidad de decisión se apo-

---

<sup>15</sup> S. BUDGEN, «El fiasco francés», *NLR* 17 (noviembre-diciembre de 2002).

yara sobre los votos de la mayoría. Secundó la propuesta de una nueva constitución. Podría ser redactada por una Convención, similar al cuerpo que entonces estaba redactando un capítulo de los derechos fundamentales de la UE (un intento de limpiar la imagen de Bruselas después de que la totalidad de la Comisión, bajo el mandato de Jacques Santer, se viera forzada a dimitir en 1999 acusada de corrupción). Blair, en su lucha por un lugar simbólicamente equivalente, hizo sus declaraciones en la Bolsa de Varsovia. Desde el punto de vista británico, un debate constitucional no acaba necesariamente en la redacción de una constitución; un tratado de tratados sería igualmente adecuado. Más importante aún, el reconocimiento del derecho a veto por parte del Consejo Europeo debería retener la dirección política de la UE. En diciembre de 2000, la Conferencia Intergubernamental de Niza aprobó la ampliación de la UE hasta 25 Estados, y estableció 2004 como el plazo límite para elaborar un tratado en el que se «estableciera una constitución para Europa». Para esas fechas, ya se habrían sumado las tres repúblicas bálticas, Polonia, Hungría, la República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, Malta y Chipre.

Animada por las ambiciones de los primeros ministros de los Estados más pequeños, la Convención sobre el Futuro de Europa se reunió en el edificio del Parlamento Europeo de Bruselas en febrero de 2002. Pero así como las guerras del Golfo y de los Balcanes habían constituido el trasfondo de las negociaciones de Maastricht, las deliberaciones de Giscard d'Estaing y sus colegas se desarrollaron con el bombardeo de Afganistán y la ocupación de Iraq como telón de fondo. Mientras la juventud y la sociedad civil manifestaban sus propuestas a la Convención, Guernica era amortajada y se cocinaba la mitología de las armas de destrucción masiva, en el Mediterráneo se daba cita una flota de guerra<sup>16</sup>. Más de un millón de personas en Londres, dos millones en Madrid y tres millones en Roma se manifestaron en contra de la invasión de Iraq; a pesar de lo cual, Aznar en España, Berlusconi en Italia, Barroso en Portugal, Blair en Gran Bretaña, Rasmussen en Dinamarca, Medgyessy en Hungría, Miller en Polonia y Havel en la República Checa proclamaron su apoyo a la misma en una declaración conjunta publicada en *The Wall Street Journal*.

Éste fue el contexto de la defensa de un «núcleo duro europeo» por parte de Jünger Habermas y Jacques Derrida<sup>17</sup>. Evocando los preparativos «moralmente obscenos» de la máquina de guerra, y la «barbarie civilizada» de la muerte y la destrucción fríamente planificada —¿de cuántos barrios residenciales y hospitales, de cuántas casas, museos y mercados?—, los dos filósofos explicaron que «la guerra había hecho conscientes a los europeos del fracaso de su propia política exterior común». El debate mun-

<sup>16</sup> RETORT, *Afflicted Powers*, Londres, 2005. La de Retort constituye una de las mejores evocaciones del momento.

<sup>17</sup> J. HABERMAS y J. DERRIDA, «15 de febrero o lo que mantiene a los europeos unidos: Alegato por una política exterior común a partir del núcleo duro europeo», en Levy *et al.* (eds.), *Old Europe, New Europe, Core Europe*, Londres, 2005.

dial en torno a la legalidad de la invasión estadounidense estuvo marcado, en su opinión, por profundas líneas de ruptura entre los «países anglo-americanos», los del centro y el este de Europa y la «Vieja Europa». Para impedir la fractura de Europa, los países que conformaban su núcleo humanitario debían hacer uso de los mecanismos, acordados en Amsterdam, que «contribuían a estrechar la cooperación» y convertirse, una vez más, en la locomotora de la UE, propugnando una política exterior europea que pudiera fundarse sobre los principios del derecho internacional.

De hecho, por supuesto, los países del núcleo duro ya habían descubierto sus cartas. La ampliación que habían propugnado –la incorporación de los nuevos países había sido acordada en octubre de 2002, un mes antes de la Resolución 1441 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas– había alterado de un modo irreversible el equilibrio de poder en el seno de la UE. Las sonoras protestas de De Villepin en el Consejo de Seguridad fueron acompañadas por declaraciones por parte del embajador francés en Washington de que una segunda resolución de la ONU era absolutamente innecesaria, y por el ofrecimiento a los bombarderos estadounidenses de libre tránsito por el espacio aéreo francés por parte de Chirac<sup>18</sup>. La primavera siguiente, coincidiendo con el bicentenario de la declaración de independencia haitiana de Toussaint l'Ouverture, Chirac y De Villepin sellaron su reconciliación con Bush y Powell mediante una invasión conjunta de Puerto Príncipe. Mientras la Convención proclamaba en Bruselas la defensa de la paz como el objetivo número uno de Europa, Schroeder se preparaba para convertir a Alemania en la segunda fuerza de ocupación de la OTAN en un Afganistán repleto de cámaras de tortura estadounidenses.

### *Blair y Chirac*

En la Convención sobre el Futuro de Europa, Londres tomó una vez más a su cargo la redacción del texto. John Kerr, antiguo responsable del Foreign Office, dirigió la secretaría de la Convención y redactó distintas versiones del tratado constitucional<sup>19</sup>. No cabía sorprenderse, por lo tanto, de que la prensa británica anunciara en diciembre de 2003 el texto final sin apenas modificaciones: el dominio del Consejo Europeo se mantenía intacto; el veto seguía operativo en lo tocante a los impuestos, la política de seguridad social y la política exterior; el «estrechamiento de la cooperación» no podría aplicarse a todas aquellas áreas que tuvieran implicaciones para la defensa; incluso el derecho de los trabajadores a la huelga, aunque adelgazado en la carta, se garantizaba únicamente «en el marco de la legislación nacional».

---

<sup>18</sup> El rechazo del Parlamento turco a las peticiones del Pentágono de utilizar Turquía para un ataque terrestre sobre el norte de Irak tuvieron un impacto mucho mayor en el desarrollo de la invasión.

<sup>19</sup> P. NORMAN, *The Accidental Constitution*, Bruselas, 2005, pp. 32-33. El protegido de Thatcher, Arthur Cockfield había redactado la primera versión del Acta Única Europea, y Leon Brittan los criterios de admisión a la UE de Copenhague de 1993.

Mientras tanto, los detalles del acuerdo de ampliación de la UE estaban siendo negociados en otro lugar. Los nuevos Estados miembros tendrían un estatuto de segunda clase: las subvenciones directas en materia de política agrícola común se les aplicarían un 25 por 100 por debajo de las vigentes para los países occidentales, la movilidad laboral estaría sometida a limitaciones y el pago de los Fondos Estructurales correspondería a la mitad del importe recibido por Grecia, España, Portugal e Irlanda. Las negociaciones en torno al peso de los votos de cada Estado permanecieron estancadas –dos de los *huits mercénaires*, España y Polonia, se negaron a renunciar a la cuota que se les había asignado en Niza– hasta que las bombas de la Estación de Atocha y la explotación que Aznar hiciera de ellas colocaron al gobierno socialista de Zapatero en el poder en las elecciones de marzo de 2004. Una de las primeras iniciativas de Zapatero fue la de reducir el voto español.

Fue en este punto en el que Blair, nervioso por la acción de la prensa sensacionalista británica, anunció que sometería el Tratado constitucional a un referéndum (tras las elecciones generales británicas de 2005) y en el que Chirac decidió cumplir la promesa que hiciera en 2002. El Tratado de Maastricht se aprobó por los pelos en el último referéndum celebrado en Francia sobre un asunto relativo a la UE. Pero entonces la clase dirigente se hallaba dividida, con una fuerte oposición al tratado por parte de la derecha gaullista dirigida por Séguin. Ahora aparentaba estar unida en torno al pábulo anglofrancés que Giscard había importado de Bruselas. Los sondeos iniciales parecía favorables. Los cálculos de Chirac se mostraban suficientemente seguros.

Sin embargo, había pasado una década desde que Maastricht se sometiera a votación. Entre tanto, el malestar popular ante todo lo que éste representaba o ante todo lo que se había impuesto en su nombre sobre el país por parte de sucesivos gobiernos había dejado una profunda y sostenida huella, hasta tal punto que los sectores más conformistas en las filas del Partido Socialista no pudieron mantenerse unidos. Cuando Fabius, consciente de la atmósfera que se respiraba entre las bases, y con la esperanza de derrocar a su rival en el partido, optó por desafiar la línea seguida, el consenso en torno a la opinión respetable se vino abajo. La movilización de ATTAC y sus aliados, extraordinaria en cuanto a su envergadura y su inteligencia, hizo el resto.

### *Bárbaros dentro de las murallas*

Las reacciones de los medios de comunicación a los referéndum de Francia y Holanda pusieron de manifiesto, una vez más, una unanimidad sorprendente. Los votantes del No eran irracionales, si no patológicos, animados, de acuerdo con *Libération*, por el «dolor, el miedo, la angustia y la rabia». *Le Monde* sostuvo que el voto expresaba «una profunda regresión»; para *The New York Times*, se trataba de «una crisis de identidad». Se-

gún *The Guardian*, Francia estaba «profundamente dividida, inquieta, temerosa y desconfiada [...] agonizante e infeliz». Desde el punto de vista de Timothy Garton Ash, nos hallábamos ante «un no del miedo. Miedo a la inmigración. Miedo al cambio». A pesar de que resultaba evidente que la mayoría de los que se opusieron al Tratado eran votantes socialistas, en un sentido amplio de centro-izquierda, de pronto se encontraban bajo la influencia del «nacionalismo, la xenofobia, el dogmatismo» (*Le Monde*), de una «xenofobia inimaginable» (*Libération*); se trataba de una «Francia para los franceses» (*The Guardian*). Al mismo tiempo, eran tachados de «infantiles», «regresivos». «Estamos, en palabras de un columnista de *The Guardian*, ante la política de Peter Pan». «Foucault habría apreciado la correlación entre conocimiento y poder», ha sugerido Alain Badiou: «El *oui* era la elección de la opinión ilustrada (expertos de todos los pelajes, incluidos los periodistas), el *non* correspondía a los ignorantes. Las críticas a la decisión de Chirac de celebrar un referéndum adoptaron la misma línea de argumentación: cuestiones tan importantes como Europa no deberían ponerse en manos de las masas ignorantes». En este contexto, los votantes del No, ya fueran de izquierdas o de derechas, serían invariablemente tachados de «bárbaros»<sup>20</sup>.

Para los comentaristas anglosajones, Chirac y los dirigentes políticos franceses tenían buena parte de la culpa. No se trataba únicamente de que sus reformas económicas estuvieran retrasadas; después de todo, Berlusconi estaba aún más rezagado. La cuestión clave era que habían fracasado a la hora de inculcar en sus electores la convicción de que no existía alternativa. Sin embargo, para los neoliberales tozudos no hay mal que por bien no venga. El centro-izquierda francés estaba en crisis: el grueso de la dirección no sólo había sido abandonado por sus electores, sino que el 4 de junio, François Hollande y Dominique Strauss-Kahn expulsaban a Fabius y a sus socios del comité ejecutivo del partido, profundizando aún más la división. La UMP de centro-derecha atraviesa en estos momentos una crisis tan aguda como la del PS. No obstante, si el candidato preferido por Washington, Nicolas Sarkozy, puede liberarse del gobierno incapaz de Chirac-De Villepin, y Schroeder, a pesar de todos sus méritos reformistas, es desbancado por el CDU en Alemania, la dirección de Europa en 2007 podría descansar en un trío París, Londres y Berlín mucho más fiable. Todo ello daría lugar a un periodo de relaciones transatlánticas mucho más tranquilo.

¿Pero cuán fiable podría resultar un gobierno Merkel o Sarkozy? La pérdida del Nord Rhein-Westphalia por parte del SPD en mayo de 2005 se debió en parte a las abstenciones de los votantes socialdemócratas asustados por el recorte de los impuestos concedido a las empresas y la disminución de los subsidios de desempleo, y no a una mera inclinación hacia el CDU. Merkel es un atlantista más ideológico que Schroeder, pero

---

<sup>20</sup> A. BADIOU, 18 de mayo de 2005, texto no publicado en circulación.

su ala del partido mantiene vínculos estrechos con las medianas empresas alemanas en el corazón del modelo renano. Si gana en 2007, Sarkozy aún tendrá que enfrentarse al problema de un electorado francés que ha castigado a todos y cada uno de los gobiernos privatizadores y desreguladores de las dos últimas décadas expulsándolos del poder al término de su primer mandato. Mayo de 2005 vio crecer a una nueva generación de jóvenes franceses que adquirió su educación política en los cafés, las calles, los lugares de encuentro. Puede que expulsar a los bárbaros de la ciudad no sea una tarea tan fácil. «El auténtico miedo al que nos enfrentamos, ha explicado Slavoj Žižek, es el miedo que el propio No ha provocado en el seno de la nueva elite política europea. El miedo a que en adelante no resulte tan sencillo convencer a la gente de su visión “pospolítica”. De modo que para el resto, el No es un mensaje y una expresión de esperanza. La esperanza de que la política aún permanezca viva y sea posible [...] Existía una elección positiva en el No: la elección de la elección misma; el rechazo del chantaje de la nueva elite que únicamente nos ofrece la elección de dar por bueno su conocimiento experto o poner de manifiesto la propia “inmadurez” irracional.»<sup>21</sup>

### *La hegemonía titubeante*

¿Qué conclusión deberíamos extraer del fracaso de la «Constitución Europea»? En primer lugar, la ilusión de que la UE —o incluso su núcleo duro— aún pudiera emerger como una potencia independiente que representara una alternativa socialdemócrata más humanitaria frente a Estados Unidos debería ser descartada. Para que esto se hiciera realidad haría falta un desplazamiento tectónico comparable al que tuvo lugar al término de la Guerra Fría. Desde el Mercado Único Europeo casi thatcheriano, las elites europeas han empleado el poder legislativo y ejecutivo de la UE para destripar el legado socialdemócrata de los años de posguerra: privatizando el sector público, flexibilizando la fuerza de trabajo, abriendo las economías nacionales al capital financiero global. En el curso de este proceso, su «Europa» se ha convertido en un recipiente socialmente vacío.

El corolario ha sido la aceptación del liderazgo global estadounidense en los términos dictados por Washington. El desarrollo de la UE desde 1989 ha seguido, con creces, las prescripciones angloamericanas. La liberalización y la ampliación han creado una entidad frágil con un crecimiento descontrolado, proclive a prodigar atenciones al *lobby* empresarial estadounidense en Bruselas e insensible a los deseos de sus ciudadanos. La UE de «distintas velocidades» que ha emergido en los últimos quince años —la eurozona de los doce, los diecinueve de la OTAN, el *status* diferencial de los Estados que se incorporaron en 2004—, todo ello da la medida del fracaso de la in-

<sup>21</sup> S. ŽIŽEK, «The constitution is dead. Long live proper politics», *The Guardian* (4 de junio de 2005).

tegración europea. Así mismo, ofrece una amplia gama de herramientas a las que Washington puede echar mano. En la actualidad, la UE de los tres, Gran Bretaña, Francia y Alemania, está tratando con mano dura de que Irán renuncie a un programa que es un juego infantil comparado con el arsenal nuclear de Israel, al cual protegen celosamente.

En lo que respecta a las guerras comerciales, puede que la UE devuelva golpe por golpe los jumbos estadounidenses o las camisetas chinas. Pero en términos de poder geopolítico, la era posterior a la Guerra Fría ha asistido a su repliegue a un papel subordinado en el seno del sistema hegemónico estadounidense. Una de sus funciones ha sido la de proporcionar toda una serie de servicios de limpieza y creación de regímenes en los Balcanes, el Cáucaso, Europa del Este y Asia Menor; con frecuencia al amparo de la depredación militar estadounidense o de la propia. Habitualmente, estas operaciones han discurrido por encima de las estructuras de representación, favoreciendo la implantación de asesores claves en los ministerios más importantes y sustituyendo gobiernos elegidos localmente y proveedores de servicios públicos por ONG financiadas desde el exterior. La última década ha asistido a la realización de la «vocación natural» de la UE por la ingeniería social –disciplinamiento de la fuerza de trabajo, élites adiestradas, apertura de los mercados al capital estadounidense y europeo–, que se ha extendido a lo largo y ancho de su periferia: el «imperialismo de los vecinos», por emplear una frase de Robert Cooper<sup>22</sup>. En el curso de este proceso, la esperanza de una posible integración en la UE ha jugado un papel decisivo a la hora de persuadir a los trabajadores turcos para que aceptaran una edad de jubilación más tardía, y a los polacos para que sacrificaran sus pensiones.

¿Podría el titubeo de la hegemonía de la UE en sus propios feudos presagiar su futuro papel de equipo experto en formación para la gestión del libre mercado? Uno de sus defensores más veteranos advirtió alarmado las celebraciones de los resultados del euroreferéndum en Belgrado, y el sentimiento de que los serbios carecían ya de motivos para «cumplir sin más cualquier exigencia europea»<sup>23</sup>. De igual modo, la semana del rechazo al Tratado constitucional en Francia y Holanda vio también la llegada del equipo estadounidense a Bagdad bajo la misión de redactar un primer borrador similar, en este caso para Iraq bajo la ocupación. Esperemos que los iraquíes se sacudan su tratado y a los militares que los respaldan del mismo modo a como lo hizo su predecesor en Bruselas.

La negativa popular al Tratado de la UE ha brindado la posibilidad de que la narcosis política general inducida por Bruselas pueda en estos momentos estar disminuyendo. La UE, en su condición de fuerza disciplinaria, ya no puede acudir al capital ideológico de la era de Delors, dilapi-

---

<sup>22</sup> R. COOPER, «The Next Empire», *Prospect* (octubre de 2001).

<sup>23</sup> C. BILDT, «Europe must keep its “soft power”», *Financial Times* (1 de junio de 2005).



dato tal y como lo está en privatizaciones, reestructuraciones y guerras. La teleología del progreso social se ha desvanecido; ¿cómo esperar un futuro mejor cuando no existe alternativa? Se suponía que los medios de comunicación, el consumismo y la apatía ayudarían a salvar la brecha. «Es Europa la que os ha proporcionado el teléfono móvil y las tarifas aéreas baratas», dijo Sarkozy a una joven audiencia francesa en mayo. Su No evoca a las pequeñas monedas lanzadas a los políticos italianos dimisionarios durante la crisis de Tangentopoli. La extensión de la revuelta no debería llevarnos a exagerar. En Gran Bretaña, Polonia, Irlanda y Dinamarca, el electorado ha aceptado dócilmente la cancelación de sus referéndum. Aún así, la distancia existente entre los electores europeos y las elites neoliberales nunca ha sido tan grande; Blair tan sólo ganó el apoyo del 21 por 100 de los votantes británicos en mayo de 2005. Dirigido principalmente a los aspectos «económicos y sociales» del gobierno de la UE, el voto del No subestimó nuevamente la crisis de representación de la izquierda en la medida en que los dirigentes socialistas y laboristas abandonaban a sus electores, dejando libre el terreno a las fuerzas marginales. Al hacerlo, se pone de manifiesto lo lejos que estamos de la construcción de un programa general alternativo al proyecto neoliberal vigente. Pero al iluminar su ausencia, el relámpago veraniego de 2005 ha alumbrado por un momento un horizonte futuro que aún puede ser posible.